

Vanguardia femenina de la poesía Centroamericana

La literatura de Vanguardia del mundo hispánico, entendido como un avance hacia nuevas formas literarias o un signo de modernidad en movimiento, tuvo un caudillo lírico que se llamó Rubén Darío, considerado por Germán Bleiber como un poeta de vanguardia y por Jorge Luis Borges como «nuestro libertador», literario. Nacido en Nicaragua este libertador pudo avanzar su movimiento literario de Centro América a Chile, con su libro *Azul*, luego a la Argentina con sus *Prosas Profanas*, culminando en España con sus *Cantos de Vida y Esperanza*. Y fue allí en España donde se hizo resaltar entre los diálogos de Juan Varela y Menéndez y Pelayo, que no había en 1888, época de la publicación de *Azul*, ningún poeta que se le igualara por sus formas renovadoras, considerándose así como un adelantado de las letras del Mundo Hispánico. El que va adelante con la bandera en alto, apelando al término castrense es un capitán de Vanguardia en contraste con rezagadas tendencias, advirtiéndose en aquella actitud castrense un avance de combatividad. El marco de esta introducción aclaratoria, sirve para precisar que la vanguardia, nuestra vanguardia mestiza nació en Centro América y se anticipó a la vanguardia europea, incorporando desde su inicio con Rubén Darío diferentes corrientes del viejo mundo unida a esa tendencia que Pedro Salinas caracteriza como modernismo novomundano dentro de cuyo espíritu altivo no se debe descartar la protesta de Rubén Darío en su Oda a Roosevelt contra el imperialismo. Así con la vanguardia mestiza de nuestras letras nace y se afirma un pluralismo estético y político que pudo coexistir y puede coexistir, si ese movimiento de vanguardia a la manera hispanoamericana se impone como la marcha triunfal de Rubén Darío en que se anuncia la llegada de los claros clarines.

Poesía de claro clarín es precisamente la que escriben las poetas de la revolución sandinista, de Nicaragua. «La revolución nicaragüense, lo dice el poeta Pablo Antonio Cuadra, se hizo con sudor, sangre y poesía. Sin la poesía y el canto, nuestra gesta de Liberación no hubiera encendido, en la forma heroica que lo hizo, la mística y el fervor popular». Fervor que se hizo inmensa antorcha no solo en la altivez fragosa del guerrillero heroico sino en la acción épica de la mujer nicaragüense que antes había sido explotada, humillada y victimizada durante cuarenta años por la funesta dinastía de la opresión somocista.

La llama de la poesía social revolucionaria femenina parece manifestarse en 1967, año en que la poeta Daisy Zamora entró a la universidad, si bien es cierto que en 1968 otra universitaria de entonces, Michele Najlis, a quien entrevistamos ese año en Managua, nos había hecho conocer varios poemas de su libro inédito *Viento armado*, en tanto que en esa misma fecha ya circulaba clandestinamente una antología de poetas «anónimos», seleccionada por Ernesto Cardenal y Ernesto Mejía Sánchez, titulada *Poesía revolucionaria de Nicaragua*. Ello nos daba la impresión de que la poesía, antes que los fusiles, se había anticipado a dar la batalla contra el dictador en medio de aquella atmósfera represiva que describe la poeta Michele Najlis en su poema «Al comienzo»:

«Nos persiguieron en la noche,
nos acorralaron
sin dejarnos más defensas que
nuestras manos unidas a millones
de manos unidas.
Nos hicieron escupir sangre,
nos azotaron con descargas
eléctricas, y nuestras bocas
las llenaros de cal; nos dejaron
noches enteras junto a las fieras,
nos arrojaron en sótanos sin tiempo
nos arrancaron las uñas;
con nuestra sangre cubrieron hasta
sus tejados hasta sus propios
rostros, pero nuestras manos
siguen unidas a millones de
manos unidas».

La poesía testimonial de casi todos los nuevos poetas de la Revolución se había encaminado, como recorriendo los derroteros de lucha, a evocar dentro de los episodios bélicos, a los héroes populares caídos en las barricadas o en acción de guerra sin cuartel contra la tiranía somocista. Bajo una lluvia de charneles cayó, aunque aún supervive en una silla de ruedas, la poeta Rosario Romero. Esta combatiente pertenecía al escuadrón Filemón Rivera del Frente Norte cuando de dieciséis años se había integrado a la lucha épica. Ahora en el Centro de Rehabilitación, su poesía cumple su función testimonial:

«Estoy en el Hospital Militar.
Ha vuelto a mi el recuerdo de
cuando estuve en la montaña.
Al ver a mis compañeras recuer-
do a las del Centro de Rehabi-
litación Gaspar García Laviana
a las del frente Norte Carlos

Fonseca (Escuadra Filemón Rivera)
a la Carla, a Cecilio y a vos,
Roberto cuando en noches de luna
estábamos haciendo posta y me
platicabas de tu novia, de un
libro de la Revolución».

Igualmente combatiente (miembro ahora del Ejército Popular Sandinista), la poeta Xiomara Espinosa Masis, se detiene en el poema frente al cadáver de su compañero caído Juan Erre, para captar su ademán de rebeldía y, como revelándolo en su puesto de combate, toma su fusil para decidirse aún más a continuar la lucha:

«Era un 8 de junio cuando vos
caíste muerto a la orilla de
una barricada.
Sólo recuerdo como quedó tu
cuerpo tu cara charneleada.
Sólo recuerdo cuando te miré.
Me acerqué a vos y lloré,
lloré, lloré agarré tu fusil
y seguí de frente».

He ahí el testimonio de Juana Vásquez, otra poeta revolucionaria, que busca en vano al guerrillero desaparecido Cruz Gonzáles, para concluir en el poema después de haberlo buscado en los cementerios clandestinos de la guardia: «en ninguna parte te hemos encontrado, pero tu nombre ya está en la lista de los héroes». En esa búsqueda o evocación de los héroes caídos, compañeros de lucha de las poetas revolucionarias de Nicaragua, concluimos con el poema de Maritza Padilla frente a su Javier:

«Hubiera querido verte detrás de la
barricada aparapetado, empuñando tu
fusil disparando contra la guardia.
Así te imaginaba sin saber que morirías
y cuando me lo dijeron no lo creí.
Desde entonces te recuerdo hablándome
en moskito y que te enredabas
al hacerlo y vos serio y apartado
como si su silencio era lo que te
comprometía a nuestro pueblo.
Así serio te conocí y así me dadas
tus poemas».

Hay hechos que hay que destacar dentro de los avances en Nicaragua de su poesía: en primer lugar, la mayor novedad de los últimos años, según lo declara el poeta José Coronel Urtecho, ha sido que «las mujeres

se han puesto a la cabeza de la poesía nicaragüense... Media docena de mujeres jóvenes se encuentran, ya no cabe duda, en la primera fila de la poesía nicaragüenses», y hay que registrar también el hecho histórico de que la Primera Dama de Nicaragua Rosario Murillo es una de las voces de esa poesía revolucionaria nicaragüense que ya no es privilegio de las élites ni de los poetas solemnes, sino del espíritu de su revolución cultural.

Oígame su voz de barro popular:

«Mujer de barro yo, descabezada
 guardo y dibujo fertilidad de luceros,
 descabellada, quebrada y recocida
 de mi amor inicial sembré los frutos
 sigo sembrando y pariendo
 y recogiendo y regando
 en este comal de silencios

 aquí volteada a la izquierda
 con la piel siempre inmensa
 sumergida en el canto de barro».

Voz femenina trascendental de la poesía nicaragüense, es Gioconda Belli, ganadora del premio Casa de Las Américas en 1978 con su *Libro de fuego*. Poeta de alcurnia, pero solidaria hasta su renunciamento ancestral, con la Revolución de Nicaragua que tanto ha reivindicado a la mujer, es por ello, Gioconda Belli, alta voz del feminismo y de la feminidad. Al respecto dice el poeta de su país: «Ha sido ciertamente una de las primeras nicaragüenses en penetrar a fondo en la feminidad y la primera, estoy seguro, en descubrir con libertad y sencillez su propia intimidad, por lo que su poesía revela el asombro, el gozo y la frescura de lo vivido y expresado por primera vez». Representa una nueva conciencia gozosa de ser mujer y no de serlo sino también de saber cómo y en qué lo es y sobre todo por su misma condición de poeta, el gozo de revelarlo. La sola revelación de su intimidad femenina expresada con tanta sencillez, franqueza y fino desenfado, es para el crítico una manera de rebelión de que ella es exponente, siendo en Nicaragua, Gioconda Belli abanderada de ésta y otras rebeldías culturales ideológicas bajo el pabellón de la Revolución nicaragüense.

Su poesía vital, femenina, feminista y revolucionista, trasciende en la inquietud desbordada de su mensaje:

No me dejes tranquila, poema:
 asáltame,
 viórame,
 rebálsame los bordes,
 los pliegues, los pechos
 inúndame de maravilloso asombro,

lléname entera con el semen vital
de la palabra, con el milagro
de un descubrimiento,
dátame poema,
dátame poema.

Es un hecho que la Revolución Cultural nicaragüense ha dado resultados positivos, siendo sus gestores destacados, dos poetas: Ernesto Cardenal y Daisy Zamora.

Prominente voz femenina esta mujer antes del triunfo de la revolución había desarrollado en Radio Sandino un programa titulado «La Mujer Sandinista», cuya meta era concientizar a las mujeres nicaragüenses en los ideales de la Revolución. Es así como Daisy Zamora se ha destacado como combatiente, como poeta, como feminista y como revolucionaria cultural.

Evocando una escuadra perdida, ella poeta combatiente, se cruza en la vanguardia de sus compañeros y así dice:

«Nadie quería cruzar aquel campo
quemado (las cenizas plateadas y
algún destello rojo de las últimas
brasas).
Te tiraste de primero y tu cuerpo
se miraba oscuro contra lo
blanco.
Escondidos en el monte los demás
esperábamos verte alcanzar la
orilla para irnos cruzando».

La imagen de la mujer nueva de Centroamérica, trascendente por superación cultural, surge desde una obra de alta calidad literaria en torno a la gran poeta de El Salvador, Claudia Lars, primera pluma centroamericana que brilla con su luz propia en las antologías internacionales.

Ella se define como portavoz del dolor del mundo entero con hambre y sed de justicia, ansiosa del bien común por el cual expresa su voluntad de dar la batalla. Y dentro de estas preocupaciones nos da en sus *Apuntes* el asomo de su «Fuerteza», poema en el cual nos abre la ventana del cuadro social, para dejarnos ver el rictus de la tragedia humana donde aparecen esbozos de «hombres amargados con desafiantes niños sin ropa», «muchachas morenitas jugando a ser mujeres antes de tiempo», «madres de quince partos» y «diez hijos cabales en el hambre», palpándose esa constante sensibilidad social de la máxima voz de la lírica salvadoreña, Claudia Lars. Como feminista, su mensaje se recoge en «Las palabras de la nueva mujer», mientras enfatiza:

«Mujer.
Solo mujer

¿Entiendes?
 Ni pajarilla del necesario albergue
 ni alimento para deseosos animales
 ni bosques de campánulas donde el
 cielo se olvida ni una hechicera
 con sus pequeños monstruos».

Hasta los pequeños monstruos de mujer hechizadora se aguantarían de seguro, la nueva mujer en el cambio de imagen, pero a juzgar por documentos históricos y textos literarios, lo que no ha podido soportar la mujer salvadoreña, concretamente la de clase popular que suma la mayoría, es la esclavizante explotación clasista y sexista a que ha estado sometida por siglos desde que las catorce familias encomenderas fijaron sus torreones para fundar un eterno Estado semi-feudal en El Salvador.

Una de ellas, antes de ser asesinada Dalfy Goches Fernández, deja poemas dispersos en alguna trinchera para que el viento recoja su mensaje de amor y de esperanza:

«...me vestiré de lluvia
 y lloveré en silencio
 el amor que llevo dentro
 aunque muchos no entiendan porqué.

 Después,
 no habrá lutos ni cadenas.
 Naceremos a través de otros ojos.
 Aquel obrero, aquel niño,
 sabrá entonces
 porqué».

La pertinaz decisión de lucha de la mujer hasta morir por la causa del pueblo, se convierte casi en consigna, y la poeta Lil Milagro Ramirez da la tónica frente a sus torturadores antes de morir, lanzando su consigna dentro de un tipo de poesía entre épica y proletaria, donde surge su voz corajuda:

«Este es un lugar propicio
 tan sólo para el sacrificio.
 Aquí tienes que ser:
 el último en comer,
 el último en tener,
 el último en dormir,
 el primero en morir».

Rocio América, nombre de combate, de otra poeta revolucionaria, era otra poeta en marcha, que antes de caer abatida en 1982, había dado a conocer a sus compañeros algunos de sus poemas. Hay otras poetas anó-

nimas, caídas en acción, cuyo mejor poema posiblemente fue su sacrificio por la causa de la libertad de su pueblo frente al terror de sus opresores.

Fuera del país, pero alzando al viento de la nueva vanguardia sus antorchas iluminadoras se destacan tres nombres ampliamente conocidos como poetas: Claribel Alegría (1924), Liliam Jiménez (1924) y Mercedes Durand (1931).

La tendencia hacia la democratización definitiva de la poesía en su compromiso con las reivindicaciones sociales, avanza con paso firme entre las mujeres poetas desde la publicación en 1957 de «Sinfonía popular» de al poeta salvadoreña, hoy exiliada en México, Liliam Jiménez. Aparte de su expresión cósmica y telúrica de algunos de sus poemas, sus temas predominantes giran en torno al El Salvador y América, fundamentando su poesía en tres temas primordiales: patria, amor y muerte. Fragosa guerrilla intelectual recorre los caminos arduos de la América insurrecta, como si estuviera comandando estrofa tras estrofa, la revolución en marcha, para exaltar a los héroes populares de su país y de América, ponderando el heroísmo de los mártires de la Revolución y evocándolos en su muerte heroica. Corazón revolucionario el suyo se dirige a la mujer de América con afecto y a la vez con beligerancia, cuando invitándola a liberar las alas, la exhorta amigablemente:

«Mujer; amiga: rompamos la mañana oscura
que en acecho, cadenas alimentan, para
tenernos, pájaros cautivos, en milenaria
y resignada noche».
(«Himno a la mujer de América»).

La más renombrada poeta viva de El Salvador y una de las fuertes voces de la poesía hispanoamericana de hoy, es, sin duda, Claribel Alegría. Es ella el clarín de la revolución de su país y de América. Su protesta volcánica no pudo enmudecer cuando, haciendo un alto a su poesía onírica, hubo de estremecerse a la vez que se crisparía su puño, al ver tanta injusticia y miseria en la «pequeña patria» que describe, viendo detrás de ella:

«Un remolino de huérfanos pálidos,
de niños con el vientre hinchado,
de madres pordioseras
exhibiendo a sus hijos
llenos de moscas».

En una patria vista como un volcán en cuyo cráter el pueblo vomita su lava iracunda contra las catorce familias dueñas del país, la poeta, entre la llamarada del cráter en erupción es la voz más fuerte de El Salvador y Centroamérica, donde otra cadena de volcanes disparan sus basaltos sulfúricos, en tanto que los escuadrones de la muerte de las catorce

familias continúan aterrorizando al cielo mustio con los ojos desorbitados de su arzobispo asesinado. La muerte en esa pequeña patria de la poeta, es una combatiente que da vida, porque no es la muerte común, sino aquella que encarna la heroicidad de la liberación. Y así lo dice la poeta: «montan guardia mis muertos, me hacen señas, me asaltan por la radio, en el periódico, en el muro de mis muertos se levanta, se extiende de Aconcagua hasta Izalco, continúan su lucha, marca rumbos. La referencia al más alto pico argentino en la frontera de Chile, que se hunde en el oscuro firmamento como un gigantesco puño andino, Aconcagua, revela en Claribel Alegría su conciencia revolucionaria americanista en su solidaridad con los pueblos que se levantan y luchan por la libertad, y por su liberación contra los regímenes opresores.

Voz de la poesía épico-social marchando con la Revolución de la América insurrecta, Claribel Alegría, asumiendo la comandancia de la nueva vanguardia recoge el multitudinario vocerío indoamericano, para ser voz de voces, como ella misma lo declaraba: «Ya no es la voz, es un coro de voces, soy los otros, soy yo, es un río de voces que se alza». En Guatemala, la voz de la mujer comienza a oírse entre los profesores que a través de la cátedra o de textos literarios contribuyen a la concientización de la juventud para que comprenda y recoja el mensaje de sus auténticas voces nacionales. Y como el poeta ha sido la voz más alta de la cultura de los pueblos, he ahí una obra trascendental en que diez mujeres poetas, por primera vez, levantan la voz en alto para hacerse oír. Nos referimos a la obra de la profesora Luz Méndez de la Vega, *Poetistas desmitificadoras guatemaltecas*.

Cercióranos dicha antóloga que de las 110 poetas seleccionadas en *Poesía femenina guatemalteca*, de Angelina Acuña y Horacio Figuero, solo 10 poetas le han merecido ejemplarizarlas como innovadoras y desmitificadoras de la poesía femenina tradicional, denunciadoras, al mismo tiempo, de la verdadera realidad trágico-social de su país, en contraste con la visión burguesamente paradisiaca de las poetas rosas, en una patria, para ellas próspera, plácida arcadía para las pocas familias que la usufructúan y no para la inmensa mayoría.

Era lógico que entre las damas opíparas de la poesía burguesa o poesía de consumo, la protesta literaria no existía sino para advertir el peligro del dios imperial, de la amenaza armada del hambre, que en Centroamérica se le había llamado comunismo, confundiendo el término a sabiendas, para no aceptar la realidad de que se trata de una hambre comunitaria, hambre, en definitiva, descristianizada.

La ausencia del Cristo justiciero en la sociedad guatemalteca ha hecho prosperar el ideal de la teología de la liberación, motivando a los poetas a salmodiar su mensaje dentro de la temática de la nueva poesía. Por eso, no suena del todo extraña la «Epístola irreverente a Jesucristo», de Rosalía Alarcón de Fames, exhortando al crucificado a la acción salvadoreña:

«Cristo
baja ya de tu cruz
donde millones de hombres contigo
están cricificados:
lava tus manos y sus manos,
tus rodillas y sus rodillas,
tu costado y el costado de ellos,
lava tu frente y la frente de ellos
coronada de espinas.
Que no prosiga tu martirio inmóvil:
muestra tu ira,
baja ya de tu cruz,
mézclate con los hombres que te aman».

Poesía prohibida, por ser de oculta protesta y profundo dolor, que no puede expresarse públicamente so pretexto de ser asesinada la poeta (y lo fue, de todos maneras, sin exteriorizar su protesta), fue la de Alaide Foppa, desaparecida bajo el gobierno represivo del General Lucas García.

En su poema «Las palabras», parece que insinuarse la crítica de esa poesía floripondiosa de los poetas oficiales, que no es sino palabrerío frondoso para ocultar la realidad gris del paisaje humano, evitando profundizar en su inmenso dolor. Y así como para patentizar el contraste de la actitud del poeta evasivo y el poeta sentidor del humano dolor, dice como refiriéndose a ellos... los bardos; floridos:

«Cantan dulces canciones
al ser amado,
revelan nuestro asombro
deslumbrantes paisajes
y dejan flores
en su camino.
Y yo, en mi oscuro nido,
llevo la poesía
como un mal oculto,
como un secreto
como una fruta prohibida».

Guatemala llegó a ser una ventana abierta a la muerte, según poema de Carmen Naranjo dedicado a Alaide Foppa. Por eso se vende la denuncia con Poemas para estos días de sangre, de la prestigiosa académica Margarita Carrera, cuando escribe su poesía testimonial:

«todo listo.
El odio
El rifle descarado
y la risa del maldito.
Todo dispuesto:

Dios con su bandera
de verganza
y su trompeta
fría de silencio».

El silencio de una iglesia complica, que hace la vista gorda en juntas palaciegas donde se planea el genocidio, contra la miseria insurrecta del pueblo, parece que es lo que denuncia la poeta con valentía en la poesía testimonial que enfoca fielmente la dimensión del silencio con invisibles trompetas.

Característica la protesta social en casi todas las poetas desmitificadoras, dejémosla en el aire, como en suspenso, pero tensa ante la situación nacional, dejémosla en la voz de Rosa de América, con su Uliles inmóvil, y abriendo pausa hacia otra temática femenina y feminista, dejase oír la voz erótica de las mujeres guatemaltecas, que desde la colonia con el Sermón poético de Pepita García, marca pautas en el lenguaje, para que rotas las ataduras de la expresión «tabú», se comenzase a hablar de sexo como parte de la vida total, no como parte pecaminosa, avergonzante y del tema que a las mujeres les estaba vedado tratar públicamente, en textos literarios sobre pretexto de ser marcadas con el índice del inquisidor moral.

El ritmo del amor cambia de dirección y se desnuda como una sierpe en la poesía de Ana María Rodas y de Luz Méndez de la Vega.

La concepción de una izquierda erótica solo se le ha ocurrido a Ana María Rodas. Ella se rebela para no ser mártir del «salivazo ocasional del macho», harta de ser mujer de uso y de consumo, como si ese hartazgo representara a todas las mujeres-objetos de la tradición patriarcal. Si toda izquierda es una reacción contra el tradicionalismo acomodado al sistema caduco o elitista, o al dogmático rodillón, o a la cerrazón mental, la izquierda erótica resulta ser en la poesía de Ana María Rodas, una actitud revolucionaria contra el tradicionalismo ventajista de los hombres en sus prácticas sexuales, en su doble moral y en su egoísta concepción del amor, como un acto en el cual la mujer sobra, después de su satisfacción sexual.

La izquierda erótica le quita la hipócrita hoja de parra al sexo, para que las mujeres sean las menos sorprendidas de su identidad ante la sonrisa de las falsas vírgenes.

Destruídas las máscaras de la hipocresía, la izquierda erótica incita a la destrucción del suspiro, para que Eva regrese sin avergonzarse al ejercicio natural de sus instintos, como lo exhorta la poeta:

«Lavémonos el pelo
y desnudemos el cuerpo.
Yo tengo y tú también,
herman,
dos pechos
y dos piernas y una vulva.

No somos criaturas
que subsisten con suspiros».

La poesía femenina en su día de esplendor surgió en Costa Rica con Eurice Odio y su luz cenital sirve hoy para distinguir entre una literatura trasnochada y otra iluminada de rayos más vitales y frescos.

Eurice Odio, autora de *Tránsito de fuego*, era la mujer llama, pero también era la mujer lluvia de destellos, la mujer de la palabra al viento de sus ideas y sus imágenes difíciles, dotada de un corazón complicado como su «corazón de ajedrez» y de una voz casi tensa como la de sus «teléfonos rurales», que se oye desde el ritmo de su corazón jadeante con «los perros, las abejas y los hombres», antes de exhortar a los teléfonos para que se vayan a la rebeldía

«¡Invadan las metrópolis con sus nevadas
costumbres los teléfonos de manos!
Porque cambian los tiempos y las personas
pequeñas de las ciudades
que exigen gran eficacia de los servicios
celestes y alta puntualidad a los cometas.
Porque Zulay, y yo, y algunos otros,
queremos teléfonos de manos para ponernos
a hablar con el día».

De trascendencia a trascendencia la poesía femenina deja de ser una poesía sin importancia, dentro y fuera de Costa Rica, porque entre otras cosas, ellas, las poetisas, podrían decir con orgullo: «La poesía somos nosotras». Y quién más puede decirlo que una Eunice Odio, una Julieta Dobles, una Carmen Naranjo.

Al mencionar a Carmen Naranjo, monumento vivo de la literatura nacional, habrá de pensarse no sólo en la ex-ministra de la Cultura y en la obra total de la escritora, sino en el pequeño pero altísimo obelisco de su poesía, representado en *Mi Guerrilla*, publicado en 1977. Libro que podría considerarse como el «boom» de la poesía centroamericana. «El único de los libros sapienciales de Costa Rica», lo califica el poeta nicaragüense Coronel Urtecho y añade: «Es un poema que crecerá —quizá no fácilmente— en importancia tanto como en influencia hasta llegar a ser una de las bases de la cultura costarricense».

Como todo poema que nace de la conciencia nacional o del sentir más íntimo del pueblo, *Mi Guerrilla* es en todos los órdenes una revolución. Hay en su largo poema, dividido en cuatro partes, tres formas de realidad observada por Urtecho: la realidad social y humana, la realidad oficial y comercial, la realidad política que lo organiza todo. Su realidad totaliza una superdimensión de la realidad con la que comenzaría en Costa Rica un superrealismo criollo, puesto en marcha por mujeres vanguardistas, mujeres que si no están, habrán de estar definitivamente influidas por *Mi Guerrilla*.

He ahí la voz de la guerrillera intelectual:

la guerrilla amanece siempre
 con puñales de claridad
 para descubrir perfiles puros,
 limpiar las malezas
 frente un horizonte
 sin alfileres mezquinos.
 La guerrilla, la simple guerrilla
 que quema el ocio intelectual
 idolizado en pedestales de títulos,
 patentes y comercios de cultura,
 para trabajar con ideas mentales y manuales,
 trabajar siempre en la siembra constante
 que ciclo es de crecimiento
 en la verticalidad que anhela la llanura.
 La guerrilla tiene perfiles
 de plazas llenas en donde cabe alguien más
 para decir en coro
 hoy es un buen día y mañana será mejor:
 las cárceles están vacías.
 el hombre no es extranjero en la tierra.
 ama y no teme.
 lo aman y no le temen.

Frente a mi guerrilla, como nueva inquietud de los poetas jóvenes de Costa Rica, surgen voces dispersas de la poesía que, ya agrupadas antológicamente, se denominan precisamente La generación dispersa.

Entre las dispersas poetas de la vanguardia joven, está Ana Istaurú. Esta poeta, la más joven, nacida en 1960, sacrificando su estatura social, comparte en vida y en poesía de amor y de justicia la suerte de los desposeídos y miserables. Poeta erótica y revolucionaria, casada con la poesía fiel de su país, se destacó en el Primer Encuentro Internacional de Creadores Jóvenes Hispanoamericanos, reunido en Madrid en 1985 y su voz fue oída con admiración pública en la Feria de la Poesía de Madrid del mismo años.

Su poesía es un mensaje fresco, sencillo y diamantino, desenfadadamente sincero en su expresión erótica y en su confesión revolucionaria. Y no es que su poesía se afirme con la tendencia a lo social, sino parte de un corazón revolucionario dentro de los diferentes tonos y matices de su voz total y totalizadora de los ideales del hombre nuevo centroamericano.

Ramiro Lagos
 University of North Carolina
 Greensboro (EE. UU.)